

EDITORIALES

SOLO EN NOSOTROS ESTAN LOS ELEMENTOS DE LA VICTORIA

Nuestro editorial del último número apareció cuando algunas de sus consideraciones habían perdido actualidad. Dificultades de última hora, la escasez de papel con que tropezamos, impidió que fuese publicado cuando sobre el tapete de nuestras preocupaciones andaban rodando las que lo inspiraron. Pero, a pesar de esa aparente inactualidad, había flotando en él algo que es una realidad nuestra, de nuestra lucha, de ayer y de hoy: la de que sean cuales fueren las circunstancias internacionales que nos rodearan, los elementos básicos de nuestra victoria se hallan en nosotros mismos. Ya lo hemos visto. Las potencias internacionales, tímidamente llamadas democráticas, y que por ello podían y debieran ayudarnos en nuestra lucha para desvanecer de Europa (¿y por qué no del mundo?) el peligro fascista, no lo hacen porque, atentas a unas preocupaciones inmediatas, se encierran en ellas egoístamente y pretenden desvanecer los peligros que sobre ellas se ciernen para desencadenarse en el futuro, ignorándoles. Ellas esperan de nuestra lucha algo que no puede venirles y ahí pudiéramos decir que está la clave de sus vacilaciones y de sus titubeos. Por si lo ignorasen o quisieran olvidarlo, bueno es que repitamos que la guerra actual no puede terminar más que con el triunfo de las fuerzas democráticas adictas al Gobierno del Frente Popular. Ese algo que esperan las potencias democráticas no podrá venir por estar en pugna con los sentimientos del pueblo español. La misma inspiración gloriosa que nos decidió el 18 de julio de 1936 a lanzarnos a la calle para sofocar o detener la intentona militarista, es una prueba, demasiado abundante en razonamientos, de que el pueblo español, adentrado en una mayoría de edad política indiscutible y que para si quisieran otros pueblos que de ella hicieron ostentación y alarde, sin deberlo hacer, por cierto, no está dispuesto a soportar tiranías ni tutelajes de ninguna clase. Ni nacionales ni internacionales. Y si a estas horas las consintiéramos, la masa de nuestros camaradas caídos sería un grito de execración y de maldición que nosotros no podríamos soportar sin horrorizarnos. Esperan, y esperan en vano por cierto, las naciones que con sus titubeos y vacilaciones andan dándole largas al asunto, una reconciliación o abrazo de Vergara que aquí no se puede dar. El «—Aquí no ha pasado nada, señores», no es propio de esta lucha ni cuadra bien con nuestras

convicciones. Pueden las potencias internacionales adoptar otra táctica porque ésta no les ha de dar ningún resultado. Y, sobre todo, cuiden un poco más de su prestigio. Por él debieran no consentir más el que sus barcos, en el Mediterráneo, fuesen víctimas predestinadas a la criminalidad de los aviones y submarinos de nacionalidad desconocida.

Nosotros estamos donde debemos de estar. Luchando cada día con más fe y con más entusiasmo sabiendo que la victoria sólo podremos lograrla después de haberla merecido con nuestro sacrificio y con nuestro entusiasmo. Un sacrificio y un entusiasmo del que todos debemos de hacer, si no un ostentoso derroche, por lo menos una prudente manifestación. Y los que más obligados andan en hacerlo son nuestros Oficiales y Comisarios. A ellos les está reservada la gloriosa misión de ser, constantemente, un ejemplo vivo y aleccionador de cuál ha de ser nuestro comportamiento en las filas del Ejército Popular. Ni el descanso, ni mucho menos las vacilaciones, pueden ser las bases sobre las que se forme nuestra moral. Vivir alerta, atentos a todas las preocupaciones del servicio, debe ser una de las condiciones de que se han de ver revestidos nuestros Oficiales. Pero que no olviden su condición especialísima de antifascistas. Por ella deben de saber que su misión ni empieza ni termina sólo siendo escrupulosos en el cumplimiento de sus servicios militares. Hay otras exigencias que no pueden olvidar. Entre ellas está la de formarse también su moral de combatientes antifascistas. Y que ella ni les consiente una vacilación ni una duda sobre cuál puede ser el resultado de nuestra lucha. El no podrá venirnos más que con nuestro triunfo. Y este convencimiento será el impulso más decidido que nos lleve hacia la victoria. Las defecciones y traiciones internacionales no pueden calar en nuestra moral de antifascistas. Esas podrán sonrojarnos, pero no hacernos desfallecer. Sonrojarnos al ver cómo no escarmientan y dejan de cumplir con su deber los que, mirándose en nuestro propio espejo, pueden vaticinar fácilmente cuál es el porvenir que a ellos les espera. Un porvenir esmaltado de vergüenza y de humillaciones y que nosotros no podemos soportar ni compartir, porque para ello o nos sobra nuestra dignidad o nos faltan sus debilidades.

Las dos Españas

De un lado, más allá de nuestras trincheras, se encuentra la España «negra». La España que por la traición de unos generales se ve esclavizada y lanzada a la más grande inquisición que reconoce la Historia a través de todas las generaciones. En la España «negra» todo es humillación, esclavitud, incultura y crimen. Las escuelas se han cerrado, el progreso y la civiliza-

ción han caído en el vacío. Los hombres librepensadores han sido asesinados y masacrados por las hordas de Franco y por la «beocia» de Queipo de Llano y sus «amos» extranjeros. En la España fascista al trabajador no se le reconocen más derechos que los de obedecer al dueño y señor de los intereses y de las vidas.

En las provincias que esa epidemia impera, la tierra no produce, la hierba verde se seca y el aire que se respira está impregnado de microbios que, paulatinamente, se han de incrustar dentro del organismo del trabajador hasta conseguir minar su existencia y terminar con su vida.

En cambio, en la España «Roja», como ellos la llaman, los trabajadores van forjando la verdadera España a medida que sus conocimientos van progresando. La España del porvenir, la España que será el espejo del mundo, en donde nuestros hermanos puedan mirarse a la cara y decir: «He aquí lo que el pueblo español ha forjado, poco a poco, en las trincheras de la libertad, aunque para ello han tenido que derramar su sangre generosa y dar a la Revolución los mejores hijos del pueblo.

En la España «Roja» los hombres libres sienten en lo más profundo de sus sentimientos la causa de todos los pueblos, procuran poner al servicio de la Humanidad lo más sublime de su inteligencia y lo más bello de sus ideales.

Procuremos los soldados de nuestro Ejército hacerlos dignos de la causa que defendemos, y sintamos muy hondo lo que supone para el proletariado el triunfo de esta guerra. Procuremos también inculcar en la

mente de nuestros camaradas analfabetos el odio hacia el fascismo, dándoles a conocer lo que son «las dos Españas».

Y ahora tengamos el pensamiento fijo en esta consigna: ¡Desgraciado del fascismo cuando la justicia popular llame a su puerta!

FRANCISCO RODRÍGUEZ.



El capitán paga a sus soldados y ellos reciben satisfechos el dinero que luego han de remitir a sus familiares, seguros de que a ellos, en el Ejército Popular, nada les ha de faltar.



En feliz unión nuestros Soldados, Oficiales y Comisarios, distraen sus ocios en las trincheras a los alegres acordes de la música.

El Ejército, arma de libertad y de cultura para la juventud española

ESCUELA COLECTIVA: HOGAR FRATERNAL; MAZA IMPLACABLE SOBRE EL INVASOR DE LA PATRIA

Cuando la juventud española era encuadrada en las filas del viejo Ejército, de antemano se despedía, durante el período de servicio, de todo aquello que significase elevar su nivel de cultura.

A veces, su propia preparación cultural, en escuelas o academias, era interrumpida totalmente. La prensa, elemental vehículo de saber y aprender, desaparecía de sus manos.

Millares de jóvenes campesinos, conociendo las primeras letras o analfabetos totalmente, se rebautizaban en su analfabetismo entre las paredes del cuartel.

Era una política meditada y reglamentada por los enemigos del pueblo; los mismos que se hallan frente a nosotros en las trincheras. La política de embrutecer a la juventud, a fin de asentar sobre esa ignorancia su poder y su dominación de clase.

En el viejo Ejército sublevado la tropa no leía, ni escribía ni mantenía relación ideológica con el mundo exterior. Era una especie de voto de incomunicación y silencio que, al romperse, acreaba siempre graves males. El soldado o clase, preocupado de su cultura, era catalogado inmediatamente como peligroso extremista. Un periódico significaba un arresto; un libro, el calabozo. Si contenía preocupaciones sociales o políticas, un Consejo de guerra; si se departía o se comentaba colectivamente, años de prisión.

Era el imperio del analfabetismo organizado deliberadamente por los generales y jefes fascistas, por los terratenientes, por la reacción española que hoy se ha vendido al invasor extranjero.

Hoy, por el contrario, ¡qué gran diferencia! Para el soldado del pueblo, el Ejército significa una escuela.

Millares de analfabetos han aprendido a leer y escribir. Reclutas de pasados reemplazos, que sufrieron la pesadilla del viejo cuartel, han logrado acabar con su analfabetismo en el Ejército Popular.

Para el joven soldado se han abierto todas las perspectivas del saber. Un gran saber que abarca, desde las primeras letras hasta los conocimientos históricos, políticos y sociales de su propio pueblo, pasando por los conocimientos técnicos que permiten alcanzar las más altas categorías militares del Ejército, y lograr puestos de responsabilidad en el Comisariado de Guerra.

Las unidades tienen sus periódicos y los soldados, no solamente los leen, sino que escriben en ellos ayudando a la elevación de su propia unidad.

Existen los Hogares y Rincones del Combate, los periódicos murales, los grupos artísticos, las charlas y conferencias. Se hace deporte de masas. Ha cambiado todo fundamentalmente. Del Ejército yugo, del Ejército cadena, se ha pasado al Ejército hogar y escuela.

Ello, al mismo tiempo que se combate por la independencia y la libertad del pueblo español. Al mismo tiempo que se conquista un porvenir lleno de alegría y bienestar, colmado de derecho al trabajo y a la cultura. Un porvenir forjado por las manos del propio pueblo, sin enemigos, sin explotadores, sin castas dominantes.

La juventud heroica de España que forma en las filas del Ejército Popular, tiene hoy abiertas, ante sus ojos, las más ansiadas perspectivas.

El Ejército es su arma formidable de saber y felicidad.

Combate orgulloso en él. Está dispuesto a cruzar España de mar a frontera limpiando de invasores su suelo.

Al mismo tiempo, estudia y aprende en su gran escuela colectiva.

NO ROMPAMOS EL HILO DE NUESTRA RELACION CON LOS HERIDOS.—HAY QUE MANTENER, COLECTIVAMENTE, EL ESPÍRITU DE SOLIDARIDAD EN LA UNIDAD.

Los heridos son camaradas nuestros, de nuestra propia unidad, a los que una contribución

heroica de su vida y de su sangre en la lucha por nuestra independencia, ha separado, provisionalmente, de la unidad.

Mientras los soldados de ella prosiguen su actividad combativa liberando la tierra española de invasores, los heridos van a un hospital, retirados de la lucha, sufriendo sus dolores y sus fiebres, pero, espiritualmente, al lado de toda la tropa de su unidad.

Han corrido las mismas suertes, han combatido en idénticas condiciones todos. Los mandos son los mismos; el Comisario también. Tienen su periódico, sus clases, sus festivales y sus costumbres comunes. A veces el herido aprendió a leer y a escribir en la comunidad fraternal que su batallón o su compañía significa. Un hecho así que marca un jalón en la historia de un hombre, es inolvidable.

El herido cae. Durante varios días, los compañeros le recuerdan. Después, le recuerda su círculo de íntimos. Al final, acaso se desvanece en la marea de sensaciones, de emociones, de problemas que constantemente se desprenden de la guerra. La unidad sigue su marcha, quizá por otros frentes; y él queda. A veces, no se incorpora. Porque se ha roto el hilo fraternal que lo unía a nosotros.

Para nosotros ha de ser un problema de honor y compañerismo hacer todo lo posible por que este hilo no se rompa, *manteniendo una relación colectiva con el herido.*

Colectivamente, la escuadra, el pelotón, la sección, *debe escribir a sus heridos*; comunicables sus impresiones, hablarles de la marcha de la guerra y de la vida de la unidad, animar sus optimismos frecuentemente disminuidos por el dolor. Enviarle la prensa de la brigada.

Cuando el herido lo fué en acción heroica, es el propio delegado de compañía y la compañía en pleno, quien debe realizar esta función.

Ello mantiene la cohesión y el compañerismo, hace indestructible la moral individual y refuerza la moral combativa. El herido, en todo instante, ha de sentir el calor de sus compañeros.

Después, obrando de esta forma, retornará a su unidad con todo entusiasmo, reafirmado en su combatividad y en su antifascismo, dispuesto, con nuevos bríos, a proseguir la lucha por España, por su independencia, por el bienestar de las clases populares.

INSPECCIÓN DE PRENSA.

Esperando a los nuevos reclutas

Soldados: Desde hace algún tiempo se nos viene anunciando la inmediata incorporación de los nuevos reclutas. Una alegría inmensa brota de nuestros corazones al ver que, al igual que nosotros, vienen otros hermanos nuestros a ayudarnos en la labor que estamos desarrollando y a hacer que la carga que llevamos a cuestas sea menos pesada.

Al presentarse en nuestras unidades los hermanos venidos, tenemos el deber ineludible de protegerles, ayudarles y darles las instrucciones necesarias para que no puedan cometer ningún error. En nuestra Brigada, que no haya ni un solo hombre que se muestre indiferente y obre con peridia con nuestros nuevos compañeros. Estrechemos cada vez más nuestros lazos. Apartemos de las trincheras el partidismo que muchas veces profesamos. Cada uno a su ídolo. A tal o cual organización. Fijémonos, pues, en los que tenemos delante de nosotros y veréis cómo no se vence con las discusiones partidistas. En un Ejército como lo es hoy el nuestro, no hacen falta partidos, sino él, el sólo, sabrá llevarnos hacia el triunfo que todos ansiamos.

Soldados de la Brigada, tened seguridad y firmeza en vuestros superiores, no vaciléis ante sus mandatos, hagamos todo cuanto nos indiquen, y de esa forma saldremos siempre vencedores en la batalla.

Espero que todos, absolutamente todos los soldados que componemos tan honrosa Brigada, sabremos hacer honor a nuestra bandera, a nuestra patria y a nuestros hermanos caídos.

Seamos dignos; que nuestros superiores sabrán colocarnos en el sitio que nos pertenezca. Tengamos disciplina, porque con ella nos será más fácil el triunfo. Unámonos todos, porque esta unión es la bala mortífera para nuestros enemigos.

¡Vivan los componentes de la 110 Brigada!

¡Viva el Ejército Popular!

FRANCISCO GÓMEZ.

TEMAS MILITARES

La defensiva

La defensa tiene por fin conservar el terreno, a pesar del enemigo, todo el tiempo que convenga a los propósitos del Mando; y se puede adoptar para obtener una economía de fuerzas, o bien por detener al enemigo en una línea determinada. La actitud defensiva puede ser premeditada o impuesta y, si bien tiene el inconveniente de dejar a la iniciativa del enemigo la elección de lugar y momento de ejercer su acción, lo que pudiera ocasionar cierta inferioridad moral en el defensor, tiene, por el contrario, las ventajas siguientes: Permite dar al fuego su máxima potencia, estudiando y preparando su empleo metódico de las armas, con la facilidad para el municionamiento que no existe en la ofensiva; puede protegerse el personal y el material de las vistas y de los fuegos del enemigo mediante la construcción de obras con la conveniente disimulación; se tiene la posibilidad de utilizar todas las ventajas que ofrezca el terreno, preparándolo convenientemente para dificultar el fuego y el movimiento del contrario y facilitar los propios; y, por último, permite prever los puntos y direcciones más convenientes para efectuar las reacciones ofensivas.

Toda actitud defensiva debe inspirarse en cuantos principios estén basados en el aprovechamiento del fuego y la mejor utilización de los accidentes que presente el terreno.

El fuego es el principal medio de acción para quebrantar al atacante y detenerle en su avance; por consecuencia, el acto primordial de la defensa será constituir una red completa y profunda de fuegos potentes, basada en el escalonamiento de los medios y en el flanqueo; el esqueleto de esta red estará constituido por las armas automáticas.

Debe desecharse la idea de que la defensiva es pasividad, pues el movimiento no queda anulado en ella y se manifiesta reforzando los lugares donde se hayan sufrido las mayores pérdidas o concentrando esfuerzos para expulsar al enemigo de donde haya puesto pie, bien por contraataques inmediatos y de corto alcance que lleven a cabo las reservas, o bien por contraata-

ques de conjunto que realicen en momento oportuno fuerzas de antemano designadas para tal fin. Además de estas acciones ofensivas, la defensa efectúa golpes de mano destinados a capturar prisioneros, adquirir noticias sobre los propósitos del enemigo, medios con que cuenta o con el objeto de conquistar algunos puntos del terreno en que se mueva el atacante y cuya pérdida rompa la armonía de sus esfuerzos.

El sentido activo de la defensa, fuera de los grandes períodos de combate, también se manifiesta por luchas diarias encomendadas al fuego y encaminadas a conseguir el desgaste del enemigo.

La organización de la defensa ha de basarse en obtener la mayor elasticidad en el sentido de la profundidad, evitando el mantener posiciones en una rigidez que obligue al defensor a conservar absolutamente todo el terreno por él ocupado. Todo esfuerzo debe ser encaminado a buscar el desgaste sucesivo del enemigo contra diversas líneas, hasta que llegue, lo más quebrantado posible, a chocar con la línea principal de resistencia, debiendo quedar limitada la referida elasticidad por la inexcusable condición de no ceder ningún punto de la posición que se haya elegido como posición de resistencia.

El terreno desempeña un papel muy importante en la defensiva y debe elegirse de tal modo que permita las vistas, el flanqueo, el escalonamiento de los medios y las comunicaciones, pero cualesquiera que sean las ventajas que su mejor aprovechamiento proporcione, antes y después de haberlo preparado, no tendrá más valor que el derivado del sistema de fuegos a ejecutar y del espíritu de tenacidad de sus defensores.

La tropa que tenga la misión de conservar un punto del terreno jamás le abandonará sin orden explícita de retirarse, debiendo resistir todos hasta morir antes que retroceder. Sobre este extremo no caben ambigüedades de ningún género.

MARVA

La moral de un ejército depende del tratamiento que le den a sus soldados

A través de artículos, manifiestos o consignas, se exhorta a los combatientes a que guarden una disciplina rígida, base de la moral de nuestro Ejército. Pero tal vez los que tales manifestaciones hacen, sugestionados por propagandas simples, no han ido directamente a lo fundamental, a lo verdaderamente ha de infundir en el combatiente esa moral de que tanto se habla y que realmente existe en nuestro Ejército, gracias a causas que para muchos han pasado desapercibidas. Antigüamente, cuando la guerra se podía decir que era el único medio de vida de las gentes, existía esa moral de guerra debido a la incultura de las muchedumbres; pero hoy, cuando la Historia nos muestra tantas y tantas guerras con el solo fin de beneficiar a determinada clase de la sociedad, la clase trabajadora medita, piensa antes de lanzarse a una aventura...

Los diferentes ejércitos contendientes en la Gran Guerra terminaron su campaña decepcionados, sin fuerza moral para dar rendimiento positivo a la Humanidad. Aparte de sus sacrificios (inútiles para ellos, pero beneficiosos para los grandes capitalistas), se encontraron enfermos, moralmente muertos.

Y he aquí cuando sale a luz la verdad desnuda. Al Estado capitalista le interesa lo «uyo», no el factor hombre.

Nuestra organización en el Ejército se tiene que diferenciar en todo a la del Ejército invasor.

Ellos, siguiendo los métodos y costumbres de sus antepasados, utilizan al soldado como herramienta necesaria para sus criminales propósitos, abandonándolo luego cuando no está apto para la vida de campaña.

Y esto en un Ejército, en el de ellos, forzosamente tendrá que terminar en una quiebra total, desastrosa...

Buena muestra de que a los fasciosos, lo que menos les interesa es la vida de los enfermos, lo tenemos en los hospitalizados cogidos por nuestras tropas en Belchite. ¿De qué sirve una muestra de obediencia al mando si en el fondo se siente aversión, porque ese mismo mando los deja, los abandona cuando por diferentes causas no están en condiciones físicas para seguir luchando?

Los dirigentes de nuestras Brigadas procuran demostrar a los soldados que la guerra de hoy es muy diferente a la de otros tiempos, y que en esta guerra se ventila nuestra existencia como personas y como idea, procurando cuidar a los enfermos como se merecen. Han creado una nueva organización dentro de nuestras Unidades para atender a los que, de seguir en las trincheras, se quedarán inútiles o les costará la vida.

A esta organización han traído los mejores elementos de nuestra Sanidad Militar, La Asistencia, el cuidado que asiste a nuestros soldados, hace que éstos piensen, y como resultado, que acaten, sin ninguna clase de reservas, las órdenes de sus superiores.

«No vé el soldado en todo esto una muestra palpable y evidente de que lo que se ventila en esta guerra es cosa suya, es su mejor bienestar?»

¿Todas las atenciones y cuidados para los soldados de la República, y ellos mismos procuran imponerse una disciplina férrea que los haga invencibles y vencedores?

BERNARDO C. BULLÓN.

Estudiar, aprender, perfeccionar

nuestra técnica

UN GRAN EJERCITO CON UNA VISION ESTRATEGICA, COLECTIVA Y CAPAZ DE LA INICIATIVA INDIVIDUAL

Todo momento debe ser aprovechado por todos los que componemos el Ejército Regular Español para estudiar, para aprender, para perfeccionar nuestra capacidad técnica.

La tropa en descanso, en segunda línea, para perfeccionar su instrucción. Cada soldado de esta tropa para perfeccionar su propia y personal instrucción. Cada oficial para complementar teóricamente sus conocimientos intuitivos y prácticos de la campaña. La tropa en posiciones para realizar pequeños supuestos tácticos, pequeñas maniobras, golpes de mano, emboscadas, patrullas. Y su oficialidad una discusión colectiva, una autocritica permanente sobre ella.

Cada escuela de unidad un lugar donde se logre, en cada hora, un máximo aprovechamiento. El profesor, pensando en el programa claro, asequible, limpio de cuestiones secundarias y formulistas, atento al ritmo de la guerra y a sus necesidades vitales. El alumno, concentrando su atención en lo que aprende, con el pensamiento fijo en la formidable arma de victoria que está adquiriendo.

También el Comisario. Jamás un Comisario puede quedar rezagado en este proceso ascensional de educación técnica de nuestro joven Ejército. Cada hora tiene su afán y su necesidad. Y la hora actual exige al Comisario, para que su obra sea eficaz y no tropiece en obstáculos, estudiar y aprender la técnica de la guerra en el mismo plano que el jefe militar de su propia unidad. A una tropa inteligente e instruida en el arte de la guerra, en la técnica militar, y a unos cuadros que piensan los problemas puede fraguar una visión política en la meditación táctica y adquieren visión estratégica, se da que el Comisario comprende mejor los propios problemas consubstanciales con la técnica de la guerra. Se trabaja de este modo sobre un terreno que se domina y conoce. Lo demás será trabajar sobre el vacío.

La hora de hoy exige al Comisario una fuerte preparación técnica. En idéntica medida que lo exige del soldado, del oficial, del jefe.

Tenemos un Ejército fuerte en número, en potencia combativa, equipado y organizado, encuadrado en unidades regulares.

El arma está hecha. Pero hay que templarla y afilarla mejor. Será de este modo más aguda y más rápida en su victoria.

Estamos haciendo una guerra larga y difícil, donde juegan papel relevante la ciencia y el arte de guerrear.

Donde tienen asignado un puesto decisivo todos y cada uno de los elementos humanos que juegan en ella. Donde perdió sitio la improvisación desorientada e ignorante. Donde hay que estudiar.

Nuestra consigna, que es menester pensar y repensar por todos, es: UN GRAN EJERCITO CON UNA VISION ESTRATEGICA COLECTIVA Y CAPAZ DE LA INICIATIVA INDIVIDUAL.

ESTUDIAR, APRENDER, PERFECCIONAR NUESTRA TECNICA.

EL EJERCITO ESCUELA.—LA JUVENTUD ESPAÑOLA SE EDUCA EN EL EJERCITO

LA JUVENTUD ODIABA AL VIEJO EJERCITO.—Muy pocos españoles habían manejado las armas cuando la sublevación fascista los llevó a combatir por nuestra libertad. Escaso número conocía la instrucción militar. Y aquellos que pasaron por el viejo cuartel reaccionario sólo tenían para el mismo odio y desprecio.

El viejo ejército era una prisión. En los mandos, jefes incompetentes y traidores. En los cuartos de banderas, chulerías y despotismo. En las naves del cuartel, ignorancia, abandono, terror.

Con excepciones honrosas y queridas que son hoy piezas insubstituíbles del nuevo Ejército.

El soldado, ni pensaba, ni leía, ni hablaba. La única liberación que se abría a esta servi-

dumbre, era de por sí algo más humillante y vejatorio: ser asistente. Sin embargo, era un cargo acosado de recomendaciones.

Ni un libro, ni un hogar colectivo, ni una charla de educación, ni una escuela.

Para los jefes traidores a España, aquel era el mejor clima moral para su vileza. Arrestos, prevenciones, condenas al fortín, pena de muerte. Y, diariamente, la bofetada, el pelo cortado, la cocina y los retretes en jornadas intensivas de limpieza.

DE ESTO SE ACORDARAN MUY BIEN LOS RECLUTAS INCORPORADOS DEL 30 AL 36.

HOY EL EJERCITO ES HOGAR Y ESCUELA DE LA JUVENTUD.—Ahora no. Todo ha cambiado. El Ejército es hogar y escuela.

Al Ejército se viene a luchar por nuestra libertad y nuestra independencia. Pero se lucha también por la elevación del nivel cultural, político y técnico del combatiente.

El analfabeto defiende España y aprende a leer. Libra su juventud de una tara que le marcaron los enemigos de enfrente para esclavizarle.

El joven campesino defiende España, pero al mismo tiempo aprende a conocer y querer su tierra. Sabe cuál es su gran papel en la futura patria liberada.

El joven soldado encuentra abiertos todos los caminos de la técnica militar para ser oficial, jefe y comisario.

El joven intelectual encuentra campo para el desarrollo de sus inquietudes en el HOGAR DEL SOLDADO, en la prensa de la unidad, en la propia escuela de la unidad. Y también defiende, al mismo tiempo, la libertad de España.

Por eso, hoy todos los jóvenes españoles, entregan a nuestro Ejército lo mejor de su juventud.

PORQUE EL EJERCITO ES HOGAR Y ESCUELA.

Arma victoriosa de su porvenir.

Recordando el pasado

En mí y en todos los que recuerdan, conserva la memoria el aspecto físico y moral de los individuos que integran nuestra Unidad. Eramos muchachos que la guerra nos había sacado de nuestras casas y que por tal tuvimos que abandonar nuestras profesiones, nuestros trabajos y los seres más queridos.

Llegamos a una ciudad que el turismo visita para encontrar la luz y el sol que en sus tierras no pueden disfrutar: Alicante. Y aquí comienza nuestra historia militar, al encuadrarnos en las Unidades a que fuimos destinados. Era la época de formación, cuando la palabra «quinto» cuadraba en todos sus aspectos por el desconocimiento de la vida militar y por la interrogante que a cada momento surgía de nuestro espíritu. ¿Qué es la guerra? ¿Cómo serán las trincheras? Muchos habíamos leído «Sin novedad en el frente». Remarque nos había retratado la guerra con toda la crueldad que en sí encierra la palabra.

Llegó una tarde luminosa del mes de mayo, y con ella Morata, sin humos de niebla ni de hogares, casas destruidas, sonar del cañón y tableteo de ametralladora... ¡Ya está aquí la guerra! Y lo mismo que el Gólgota está en la altura, la zona de guerra de este sector está también sobre una colina, cuya tierra conserva como huella indeleble, para ejemplo y espejo de nuestros sucesores, lo que es la tragedia que, en pleno siglo xx, no han sabido los hombres evitar, por sus egosmos, incapacidad y poco sentido de la evolución constante de la Humanidad.

¿Qué utilidad hemos sacado de nuestra campaña militar? Infinitas. Hemos templado nuestro espíritu, nos ha enseñado a reflexionar y a conocer el valor de muchas cosas que en la vida ordinaria no llegamos a apreciar.

Pero, ¿y los que llegaron a nuestra Unidad desconociendo el funcionamiento elemental de la lectura y escritura? Hoy, por orgullo de nuestra Brigada, podemos decir que es insignificante el número de los que no saben comunicar las expansiones de su espíritu a sus familiares. ¿Dónde lo han aprendido? Aquí, en la guerra, donde al mismo tiempo defendían su libertad y un futuro lleno de alegría, de justicia, de pan y de trabajo.

Para terminar, y en contraposición al fondo que pudiese sacar de este escrito, diré que no soy apologista de la guerra, pero sí de esta que sostenemos, por ir en ella envuelta nuestro odio a ella, cuando simboliza los intereses de una casta explotadora.

A. HERNÁNDEZ.

Ayuntamiento de Madrid

Nuestros soldados aprenden

LLEGÓ A LA SIERRA

Andrés es hombre alto y fuerte. Tiene la reciedumbre de los campesinos de la Mancha, curtidos por las inclemencias de un clima continental y endurecidos por todas las adversidades. En los primeros días de la sublevación, Andrés dejó su aldea y fué a la Sierra a impedir que Mola se acercase a Madrid. En la aldea dejó a los suyos, mujer e hijos, llenos de tristeza; consigo trajo un caudal grande de ilusiones y esperanzas. No sabía leer ni escribir. Tiene treinta y cinco años y una gran inteligencia. Posee una gran rebeldía y un deseo ferviente de ser menos ignorante.

Nada quiere para sí. En los combates es el mejor. Nunca quiso recompensas. Pertenece a un partido político revolucionario y lucha por la justicia social.

LLEGAN LOS MILICIANOS DE LA CULTURA

Cuando la Sierra estaba cubierta de nieve llegaron a ella los primeros Milicianos de la Cultura. Eran días de diciembre de 1936, y Andrés vió en seguida que había llegado la hora de dejar de ser analfabeto. Lo que no había podido lograr en tantos años en una aldea, lo iba a conseguir en plena lucha. Sintió una emoción profunda, y una mañana llegó a la escuela, una chabola construida aprovechando el hueco de una roca. Nunca faltó a clase. Al poco tiempo escribe la primera carta a un compañero. Aquella carta, plena de emoción,



de antifascismo, recorrió las casas de la aldea. Aquellas gentes ingenuas no comprendían cómo a los treinta y cinco años, y luchando contra los fascistas, se podía aprender en tan poco tiempo.

Andrés siguió con entusiasmo las clases, y hoy ya no sólo sabe leer y escribir, sino que tiene una pequeña cultura.

EL PERMISO

Andrés es un entusiasta propagandista de la labor de las Milicias de la Cultura. Andrés va a la aldea con un permiso. Su primera visita, después de abrazar a los suyos, es para saludar a la maestra; el maestro de la aldea está también en el frente. Andrés le habla de la enorme labor que los Milicianos de la Cultura hacen en el frente. De lo bien que trabajan, de lo agradable que hacen la enseñanza, de las charlas y conferencias que pronuncian, del entusiasmo de los soldados conforme va aumentando el caudal de sus conocimientos. Ruega a la maestra sea digna de sus compañeros del frente y luce allí, en la retaguardia, para que pequeños y grandes adquieran la cultura antifascista que hace falta para ganar la guerra ahora y reconstruir España después.

Andrés habla en la Casa del Pueblo a sus compañeros y les pone de manifiesto la diferencia que hay entre el analfabeto que era cuando se marchó a luchar contra los fascistas y el hombre que empieza a comprender el por qué de los hechos sociales y fenómenos de la Naturaleza. Les hace saber los deseos de los combatientes, que son: Trabajar mucho para la guerra, estar unidos en la retaguardia como se está en los frentes y capacitarse cada día más. Las últimas palabras de su charla, fueron: Recordad constantemente todos los trabajadores el sacrificio de los Milicianos de la Cultura, que entre las balas enemigas van enseñando a los trabajadores.

REGRESO

Andrés ha regresado a su Unidad Militar y sigue trabajando sin descanso, lucha y se capacita, y no intriga para obtener beneficios.

Este soldado antifascista tiene clara visión de la realidad de nuestra lucha. El quiere un mundo más justo para las generaciones venideras.

Antifascistas, imitad al voluntario que dejó la aldea manchega para venir a la Sierra a defender desde ella las libertades del Mundo.

Recordando y comparando

En Alicante. Empieza el amanecer de una mañana de marzo. Entumecidos los músculos por el aire y frío recibidos durante una noche de viaje, a lo largo de los pasillos del cuartel, forma por primera vez el contingente de reclutas enviados por la Caja. Caras soñolientas, serias, poco comunicativas. Termina la formación. Es casi de día. Primera lista.

—Fulano de tal.

—Servidor.

—No se dice servidor. Presente o está.

—Está.

—Está.

★

Una fuente. De los extremos de la pila dos pedestales sosteniendo un tubo circular con orificios, que dan salida a finos hilillos de agua. Alrededor, los nuevos reclutas lavando los platos. Es la primera comida que han hecho. Es la primera vez que limpian los platos...

Hay uno que lo hace con torpeza. También coge su puñado de arena para frotarlo en él, y en esta operación—quizá una de las más serias que ha pasado—, oye risas a su lado. Vuelve la cabeza, y el de la risa...

—Finas manos tienes, camarada; poco se vé que has «cavao» o «picaao».

—Es verdad; ni lo uno ni lo otro.

—Malos tiempos, para esas manos, corren. Se terminan los señoritos.

—Y, naturalmente, según tú, el que no tenga callos... ¡Al agua! Pero ya que a mí te diriges, ven. Haz el favor.

—¿¿?

—No; no lo tomes por desafío. Es hablar un poco. Acompañame dando una vuelta por el patio... Desconfías, y desconfías por falta de principios. Mis manos te son recelosas, y justifico tus recelos; pero voy a intentar desvanecértelos. ¿Cuál es tu oficio?

—He «trabajao siempre en la tierra», desde el amanecer hasta ponerse el sol. ¿Y el tuyo?

—He sido estudiante. Unas veces he estudiado mucho, otras nada. Y es natural, y comprenderás que los libros no produzcan callos, y sí el pico y el legón.

Ya antes de salir del Instituto y dar mis primeros pasos por la Universidad, coincidíamos a la salida de las clases con los obreros que dejaban el trabajo. Me fijaba principalmente en los muchachos de mi edad, y en mi interior sonaron los primeros síntomas de la injusticia social, al compararme con ellos.

Con nuestra estructura, con nuestro armazón social, vetusto, injusto, protegido por unas leyes arcaicas, carcomidas en los Códigos, favorecen al propietario, rodeándole de garantías y derechos en la salvaguarda y administración de sus bienes... Y, como es lógico, amigo... ¿cómo te llamas?

—Andrés.

—Pues bien, amigo Andrés; como es lógico, repito, sólo los hijos de estos protegidos por las leyes, podíamos y teníamos acceso a los Institutos y Universidades. Tamaña injusticia fué la que me indujo, posteriormente, a seguir la carrera de Derecho, creyendo, ¡infeliz de mí!, que con el contacto de las leyes, lleno de ilusiones, se podría remediar en algo tales injusticias. Es como el enfermo que, para averiguar y estar al corriente de su enfermedad, hace sus estudios de Medicina. Y al descubrir los secretos de tales podredumbres y quitar la careta que encubre esas hipocresías, nace en el hombre honrado los principios de justicia social. Y un afán de reforma brotó en los estudiantes, y con el afán, los hechos. ¡Y cómo presumíamos, llenos de altruismo, al saber que nos tildaban de revolucionarios!

Y ahora, Andrés, los acontecimientos nos traen a las manos esta reforma social «el principio de igualdad de nacimiento». Todos, según sus aptitudes o deseos, podrán lograr lo que se propongan. El Estado dará los medios. Por todo esto estamos aquí, para luchar y vencer contra quienes quieren quitarnos nuestra justicia y nuestra libertad.

—Mira, muchas cosas no las he entendido; pero me convences. Y vamos a ser amigos. No te acuerdes de que me he reído. ¡Trae el plato, que te lo voy a fregar!

—Deja, deja.

—Bueno, pues te convidó a una cerveza. ¿Quieres?

—Vamos.

★

Llevar los reclutas cuatro días en el cuartel. Ya existe en ellos un aire más familiar. Hay grupos animados; charlan, cantan o se gastan sus bromas de «quintos».

Corre la voz que se va a dar comienzo a la anunciada primera conferencia del Comisario de la Brigada. Los grupos se van uniendo. Se confunden unos con otros. La escalera que da acceso al habilitado salón está repleta. Poco a poco se descongestiona. Los primeros en entrar tienen sus asientos; los más, de pie en el pasillo. Los rumores no cesan. Elevando la voz para hacerse oír, el Comisario empieza su charla.

—¡Camaradas! Camaradas, un poco de silencio. Lo primero, antes de empezar, debéis de descubrirlos, y el que esté fumando, dejar o tirar el cigarrillo.

Manos hacia los gorros. Otros, ávidamente, dan las últimas chupadas, arrojando el humo hacia el suelo. Levantan las cabezas. Miran a la mesa, como diciendo: Estoy descubierto, sin fumar... y dispuesto a escuchar.

—Camaradas: La impresión que he recibido...

Y fué un discurso de bienvenida, de sus impresiones, deseos, consejos... Fué un discurso netamente para los soldados. Posteriormente, varias veces han podido oírle; pero sin restar méritos—todo lo contrario—. ¿La emoción? ¿La disposición de ánimo? ¿El ambiente?

Eutrapelias trincheroides

Desde que estuvimos descansando en uno de los pueblos cercanos ha venido a engrosar la plantilla de ganado de la Brigada un bucheito, nacido en aquellos días, y que los muchachos del tercer Batallón han destetado con biberones de garbanzos y papillas de arroz. El jumentillo—que es muy majo—se ha captado las simpatías de todos y campa por sus respetos por todas las líneas. Lo mismo se pasea por las trincheras, que se mete en las chabolas, que ayuda a los zapadores a arreglar los caminos. Es, desde luego, la mascota del Batallón y casi la de la Brigada. Esta libertad e intromisión del burro ha dado lugar a varios incidentes cómicos, pero el más destacable es el ocurrido no ha muchos días.

Estaba nuestro jumento metido dentro de la chabola de un capitán, aprovechando que en ella no había nadie, y comiéndose con toda tranquilidad unos trozos de pan que había sobre la mesa, cuando llegó a la puerta de la chabola, cubierta con una cortina, el ordenanza que, al sentir ruido dentro, preguntó muy respetuoso:

—¿Da usted permiso!

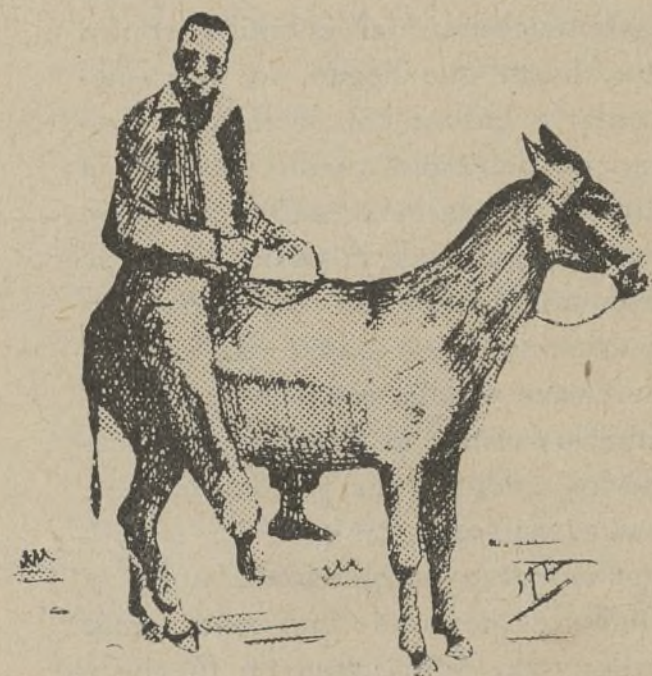
Naturalmente, no recibió contestación, porque el rucio es de los que hablan pero no «prenuncia». En vista de ello, nuestro hombre se decidió a entrar, encontrándose con el burro. Momentos después entraba el capitán que, al enterarse de la confusión, se indignó, preguntándole, muy enfadado, al ordenanza:

—¿Pero cómo me has podido confundir con el burro?

—¡Misté, mi capitán, como también usted va calza de negro!...

★

¡Ah! Se me olvida consignar que al burro le han puesto de nombre «Canuto»; pero, que conste, que no es el único «Canuto» que tenemos en la Brigada.



Y puesto en cuentos de caballerías, allá va otro.

Tenemos también un jumento que se ha pasado del enemigo, y que le llaman «Falange», nombre que luce el animal con todo orgullo.

El animal es muy vivo de genio, y el otro día, y por necesidades del servicio, hubo de desplazarse en él un soldado de Plana Mayor.

El muchacho, de modales finos, es de los que no ha montado en su vida más que en los caballitos del «Tío vivo», y para eso bien agarrado a las barras de metal que los sujetan. Para colmo, le ensillaron el burro con una montura de niño, en la que se encajaba lo mismo que los soldados de plomo, y en estas condiciones se lanzó a cumplimentar el servicio en compañía de cuatro Oficiales con sus correspondientes caballos. Nada más salir, el burro arrancó como una exhalación, y el muchacho, que llevaba una cartera, no sabía dónde agarrarse. Mal que bien, llegó sin caerse al lugar del servicio; pero mientras lo cumplimentaba—dos horas largas—, el borrico pacentó en la fresca yerba, y cuando llegó el momento del regreso tenía muchas ganas de retozo. Subir el muchacho y salir el burro arreando como un loco todo fué uno. Desesperado, el chico no hacía más que gritar:

¡Sóo, párate, burro! ¡Que me caigo! ¡A ver dónde se le toca a esto para que frene! ¡Sóo, que me tiras! ¡Para! ¡¡¡Ay!!!

Y midió el suelo, con cartera y todo.

★

Todavía queda otro burro en Plana Mayor; pero de ese hablaré extensamente otro día.

Los soldados guardan latente el recuerdo de su primera comunicación.

★

Corren los días. Los soldados, por ágiles manos, poco a poco sometidos a la disciplina, empiezan sus prácticas de instrucción. Marchas; ejercicios de tiro... Embarque de la fuerza... Un pueblo... Otro... Trincheras... Noche del 22 de junio... Descanso...

Y ahora, tras este recuerdo: Jefes, Oficiales, Cuerpo del Comisariado, comparad los primeros días con la perfección de hoy. Todos los resortes funcionan. La satisfacción vuestra es la mejor recompensa. Recibid la felicitación, modesta, pero sincera, de

UN SOLDADO DE INTENDENCIA.

FERGA.—Consejo Obrero.—Ventura Rodríguez, 26.